

Fecha: Sábado después de la muerte de Cristo

Recuerdo que mi manera de conocerlo no fue lo más ordinario. Había escuchado muchas cosas de Jesús: que hablaba muy bien, que era un revoltoso, un profeta grande en milagros y en obras. Pero al tenerlo frente a mí, contemplarlo golpeado, malherido, había algo en sus ojos y, honestamente, no pude encontrar palabras para eso, pues fue experimentar mucho amor en una mirada. A veces me gustaría volver a experimentar esa paz, esa seguridad, ese "algo" que encontré en su mirar.

Una noche antes, mi esposa había tenido un sueño y, como buena mujer, teniendo una corazonada, me comentó algo sobre Jesús. Pero, creo que mi corazón no estaba tan despierto o tan atento a este tipo de señales. Creo que fue por esta razón que, cuando lo tuve frente a mí y nos vimos por primera vez, fui tan indiferente y, evidentemente, no pude ni imaginar qué tanto iba a hacer por mí.

¡Qué misterio haberlo tenido tan cerca, incluso delante de mis ojos, y no reconocerlo como el Rey! Realmente, mi corazón no estaba atento, ese fue mi primer error. Estaba ensimismado en mi reino, en mis proyectos, en mis mandatos y designios, etc. Si tan sólo hubiera escuchado... El segundo error que cometí fue creer que yo era igual a Jesús. Lo mandé a flagelar, pensando que su pueblo lo dejaría libre después. Pero, al parecer, en verdad lo querían muerto, y para yo quedar bien con mi gente y con ese pobre hombre, fue muy fácil para mí mandarlo a azotar.

Seamos honestos, cuántas veces somos indiferentes ante el dolor de otros... Pero lo peor vino después. Nunca pensé que con una sola orden podría llegar a causar tanto daño en una persona. Regresó Jesús ante mí. ¡Era otra persona! Mis soldados habían desgraciado a aquel hombre. Lo que había iniciado con un pequeño castigo o una pequeña ofensa, se había convertido en una masacre. La cara desecha, el cuerpo lastimado y ensangrentado. Nunca pensé que una sola palabra podía causar tanto daño, y según yo, había intentado hacerle un bien. Arrepentido por lo que le había hecho a Jesús, intenté liberarlo, ¡pero la gente no quería! ¡Que impresión que la gente estaba tan aferrada a crucificarlo! No querían aceptar lo que Él les proponía, de abrir su corazón, de conocerlo, de darse a los demás, estaban preocupados sólo en que Él muriera.



Recuerdo que, estando por última vez a solas, le pregunté si sabía que yo podía salvarlo. ¡Qué equivocado estaba, pensando que yo podía poner mi voluntad o mis planes por encima del mismo Dios! Poner por encima mi plan, mis medios, mis formas, sin escuchar realmente lo que proponía. Pensé que yo reinaba por encima de Él, ¡qué equivocado estaba!

Si pudiera volver a verlo le diría "pasaste por mi vida muy poco tiempo", pues a lo largo de mi reinado flagelé a muchos, encarcelé a otros cuantos, pero tuve la oportunidad de salvar a uno sólo, podría haber salvado a Jesús. Aunque me costara mi reinado, hubiera ganado un tesoro en el cielo.

Siempre me arrepentiré de eso: Jesús pasó por mi vida y no pude hacer nada por Él.

Recuerdo que, cuando lo vi llevar la cruz camino al calvario, sentía un nudo en la garganta. Pude haber hecho más y no lo hice, pude haberlo salvado y no hice nada, pude convertirme y dejar esa vida y el "reino" que yo me construí, pero no significaba nada para Dios.

Sí, la verdad es que sí me arrepiento por las noches, que no pude hacer nada por él, y esta carta es la de un hombre arrepentido, que con todo el dinero del reino, hubiera podido dar una respuesta diferente, pero me ganó el respeto humano.

Tuve delante al Rey de mi vida y no le pude responder.

Tuve delante al Amor y no le pude amar.

Tuve delante a mi Creador, y lo mandé crucificar.

Atentamente: Poncio Pilato

